

LIBRO OCTAVO

LA BATALLA DE LA PUERTA DE HIERRO

I

AUN NO

Jamás se vió la Hofburg tan triste y desolada; las noticias que de todas partes traían los emisarios sólo aumentaban la desolación general.

Nunca había atravesado la Austrasia crisis como aquella y más que nunca necesitaba un jefe inteligente y enérgico que sacara adelante la embarcación.

Mas parecía que el emperador hubiese dejado de existir desde el día en que se casaron las gemelas de Carintia.

Permanecía taciturno y silencioso.

Nada respondió á la emperatriz que avisada de urgencia, intentó sacar á su esposo del mortal letargo en que se hallaba...

Nada respondió tampoco á los que vinieron á darle cuenta de la derrota de las tropas imperiales y de la desaparición de Leopoldo Fernando y Carlos de Bram-

berg, quienes debían hallarse presentes en tan críticos momentos.

Nada dijo de la desaparición de Regina de Carintia y y mudo permaneció cuando le avisaron que el príncipe imperial Ethel, quien había presidido la víspera en la gran sala del restaurante Paumgartner la comedia patriótica de los cadetes de Austrasia y que debía partir esa misma noche para ponerse á la cabeza de las tropas, había desaparecido también.

Cuando le presentaron el uniforme ensangrentado del príncipe, prueba irrecusable de un vil asesinato, nada dijo tampoco y cerrados mantuvo los labios cuando le dijeron que acompañara á la princesa Tania, quien deliraba en su cama de doncella y reclamaba á grandes voces que le devolvieran á su esposo...

Sólo la emperatriz conservó su sangre fría en tan críticos momentos y á ella se dirigieron el conde de Brixen y el Ministro de Policía...

En el propio apartamento de Giselda están ella y Brixen cuando entra el Señor de Riva, quien pronunció algunas palabras que provocan las protestas de la emperatriz y del primer ministro. Pero Riva continuó á pesar de las interrupciones :

— No me digáis que ello es imposible, porque es la única conjetura posible!... No tenemos otro medio de explicarnos lo inexplicable!... Es sin duda en el seno de la propia familia del emperador que debemos buscar el cómplice de tantos crímenes, el cómplice de Ismaíl, porque ya poseemos todas las pruebas de la culpabilidad de ese miserable y no ignoramos las razones que tuvo ese servidor demasiado fiel para tomar las de Villadiego... Pues bien, ese camarero, que se hacía llamar el *Caballero sin Nombre* por los amigos de la bodega, por los de la confederación del Bajo Danubio

y por la liga de los « dos y cuarto », ese miserable que unía el crimen político al crimen privado y cuyo proceder abominable nos prueba una vez más la horrible correlación que existe entre las desgracias de la patria y las desgracias de la familia imperial, ese sujeto que vestía en los corredores de la Hofburg el traje de la *Dama Blanca* para aterrorizar á los tontos, tenía un cómplice que le prestaba ayuda en la hora del crimen, un cómplice tanto más útil, tanto más necesario, cuánto que era insospechable!

— ¿Tenéis las pruebas de lo que afirmáis? preguntó la emperatriz.

— Sí, Majestad, tenemos las pruebas. Sabemos que existe una comunicación principesca entre la Hofburg y la principal guarida de los « dos y cuarto » en Viena, que no es la bodega de Paumgartner, como creímos ingenuamente, sino un amplio caserón situado en la Kaiserwasserstrasse, en un barrio desierto, á orillas del Danubio donde recibían comunicaciones importantes de todas las regiones del imperio con apariencias de ser un honrado comercio... Hace pocos días, cuando estalló la insurrección en la Puerta de Hierro, desertaron la casa los que la habitaban. Quizás no sea del todo inútil hacerle saber á Su Majestad que el jefe de esa casa era una joven, denominada en el barrio « la colchonera » porque decía ejercer esa profesión, pero que en realidad penetraba á la Hofburg cuando le daba la gana y salsa de ella sin que nadie lo advirtiese.

— ¿Por dónde?

— Por la iglesia de las Agustinos.

— ¿Por el subterráneo de la capilla de los muertos?

— No, Majestad, por un corredor secreto que va de la tumba de Canova hasta...

Riva no se atrevió á proseguir.

— ¿Hasta qué lugar del palacio?... Decídmelo...
Os lo ordeno!...

— Hasta el tocador de la princesa Regina!...
La emperatriz se puso en pie.

— Riva! ¿me imagino que no acusaréis á la princesa?...

— No, Majestad, respondió Riva con acento convencido. No la acuso á pesar de que me inspiró sospechas... Oh! Majestad, no os asombréis de nada... de cuarenta y ocho horas á esta parte hemos descubierto muchas cosas. Sin embargo me es muy grato informaros que he adquirido la certidumbre de que tanto la princesa Regina como la princesa Tania se hallaban en palacio mientras que « la colchonerita » recorría los caminos en compañía de los vagabundos. Poseemos las pruebas de lo que afirmo... de manera que no se trata de la duquesa de Bramberg ni de la princesa Elhel; pero nos es preciso descubrir en el séquito imperial á una princesa que ora cumplía con sus deberes cortesanos, ora los de jefe de la más terrible de las pandillas que hayan existido en el imperio... En asuntos policíacos, Majestad, nada debe causarnos asombro. En Inglaterra existió un príncipe que pasó la mitad de su vida recibiendo los honores debidos á su rango y la otra mitad dirigiendo un bazar y no se descubrió esa extraña dualidad sino después de su muerte. En cambio, la princesa de quien os hablo y cuyo nombre ignoramos aún, está viva y es nuestro más cruel enemigo.

— Eso es más terrible aún, exclamó Giselda. ¿Cuál de entre nosotras puede haberse prestado á ser cómplice de los asesinos? Riva, decídmelo cuáles son vuestras sospechas... Os juro que por elevado que sea el cargo ocupado por esa persona...

— Os juro, Majestad, que en este momento no sospecho á nadie, sobre todo desde que me ví obligado á abandonar la idea de la culpabilidad de la princesa Regina, á cuya alcoba salía el corredor secreto de que os hablé anteriormente. Y si he venido aquí, espero que busquemos de común acuerdo quién...

En aquel momento el reverendo padre Rossi salía del aposento de Tania que empeoraba por minutos.

El jesuita, en aquellos días de tribulación, había dado pruebas de gran afecto y fidelidad á la causa imperial, conducta que le granjeó el cariño de la emperatriz. Esta le había permitido penetrar á su apartamento á cualquier hora y por tal motivo entró el jesuita cuando estaban reunidos los ministros.

Seguramente oyó lo que se decía, porque dijo como si respondiese á lo que todos interrogaban :

— No prosigáis las investigaciones, que la princesa de que se trata es la propia princesa Regina... El Señor de Riva hizo mal en abandonar esa pista, que era la buena.

— Caballeros, exclamó Giselda, vosotros todos habéis perdido la razón. Sospechar de la princesa Regina... pretender... mas ¿con qué objeto?...

— Con el objeto de vengar á su padre, Majestad, á su padre que se llamaba Reinaldo-Rakovitz-Iglitza y que fué muerto en París, en la embajada de Austrasia, por mano de Leopoldo Fernando y á continuación de un tribunal militar secreto que se reunió por orden del emperador!... Las gemelas de Carintia son hijas de ese Reinaldo y de la reina María Silvia.

Aquella revelación anonadó á la emperatriz que sólo pudo gemir :

— Qué horror!... qué horror!... Dios mío!... qué horror!

— Más horroroso de lo que pensáis, Majestad : la hija de Reinaldo pactó alianza con cierto relojero conocido en París y otros lugares bajo el nombre de Bautista.

— Jacobo Ork!... exclamó la emperatriz.

— Sí, Jacobo Ork... marcharon por la misma vía criminal asidos de la mano.

— ¿Y qué papel ha desempeñado en todo este asunto el Príncipe Rojo, preguntó Brixen.

— Todavía no lo sabemos... Carlos de Bramberg desapareció después de las bodas, al mismo tiempo que su joven esposa... Bien conocéis al duque de Bramberg, Majestad... ¿Quién nos asegura que no lo conquistó la princesa para que la secundara en su plan abominable?... Quizás se halle en estos momentos á la cabeza de nuestros enemigos!

Riva, que hasta entonces no había interrumpido al padre Rossi, juzgó oportuno intervenir.

— Excusadme, reverendo padre... pero hay otros puntos, todavía más importantes, que es preciso solucionar... Desde luego me anticipo á comunicaros que poseo las pruebas de que la princesa Regina se hallaba en la Hofburg cuando « la colchonerita » corría por los caminos!... De tal manera que la princesa y « la colchonerita » no pueden ser una sola persona!...

— Excelencia, respondió el jesuíta con aplomo, juzgo que no poseéis esa prueba y lo que os hace creer que sí, es el mechón blanco que se ponía la princesa Tania para hacer creer que su hermana gemela estaba en Palacio...

— ¿Tenéis seguridad de ello? preguntó Giselda. Entonces es preciso interrogar á la princesa Tania...

— Ya la interrogué, Majestad, respondió con tranquilidad el padre Rossi; y lo que es mejor aún, me respondió.

— De manera que era cómplice de su hermana?... exclamó (Giselda levantando las manos hacia el cielo.

— Su Majestad puede estar tranquila á ese respecto... La princesa Tania es inocente... Dios, en su misericordia, quiso que hubiera un ángel en esta horrible aventura urdida por demonios.

« Regina comprendió desde el primer momento que si se confiaba á Tania, encontraría resistencia en esa alma tierna y generosa... »

« ...La princesa Tania consintió en usar el subterfugio que le indicó su hermana, porque ésta le había asegurado que aquello no tenía más objeto que poder salir tranquilamente para buscar á su madre María Silvia, quien se había fugado de la torre Jaula de Hierro y cuyo destino se ignoraba... Pero la princesa Tania no estaba al corriente de los crímenes perpetrados por la otra... y no debe conocerlos si queréis que viva!... Porque si la pobre niña llegase á saber algún día que el príncipe Ethel fué una de las víctimas de Regina, seguramente se moriría!... »

Al oír esas últimas palabras la siempre serena emperatriz dejó correr el llanto y murmuró con acento de verdadera desesperación :

« Esta casa lleva la maldición de Dios! No quedarán de ella ni los escombros! »

Riva se dirigió al padre Rossi :

— Mis felicitaciones, padre, pues estáis mejor enterado que el propio ministro de policía.

— Y lo estaría aún más, replicó el jesuíta, si vuestra policía no estuviese en mi contra.

— No os comprendo, caballero.

— Me explicaré. Ha desaparecido un miembro de nuestra orden.

— Franz Holtzchener, interrumpió Riva, ya lo sabía.

— Bien que imaginaba yo que vos lo sabíais, Excelencia.

— Ese miembro de vuestra orden lo era también de mi policía si no me equivoco, replicó Riva.

— Y de la mía también, objetó Rossi, y por ese motivo lo hicisteis desaparecer... Pues bien ¿sabéis que habéis conseguido con eso?... Impedirle quizás que « confundiese » á nuestros enemigos y detuviese el brazo de la princesa Regina en los propios momentos en que iba á descargar el golpe sobre el príncipe Ethel... Franz Holtzchener habría podido salvar al príncipe heredero!

— Yo no le impedí que lo hiciera, os lo juro, declaró Riva con solemnidad... Sí, lo juro delante de mi augusta soberana, no me he opuesto á vuestros propósitos y no le impedí á ninguno de vuestros esbirros que salvara al príncipe Ethel.

Aunque la palabra « esbirro » fuese un tanto dura, Rossi le tendió la mano á Riva.

— Creo cuanto decís .. Y ahora más que nunca unámonos todos para salvar el imperio. ¿Pero dónde diablos puede estar Franz Holtzchener?

— No lo sé, padre, y lo peor es que todos los actores del drama han desaparecido y nada sabemos... Y sin embargo el tiempo urge y es preciso obrar.

— Sólo Franz Holtzchener, replicó Rossi pensativo, podría darnos alguna luz sobre este misterio...

En aquel momento entró un lacayo y dirigiéndose al jesuita, le entregó una medalla.

— La medalla de Franz Holtzchener, dijo el jesuita. Haced entrar á la persona que os la ha entregado.

— Sí, hacédla entrar, ordenó la emperatriz.

Abrióse la puerta del aposento de par en par y metieron un ataúd en el cual reposaba un sujeto cuyos

ojos fulgurantes daban únicamente señales de vida.

Todas las personas presentes se acercaron al ataúd. Franz Holtzchener dijo:

— En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu santo no me interrumpáis. He reservado todas mis fuerzas para este minuto supremo que me ha concedido Dios en su misericordia. Al día siguiente de las bodas de las princesas de Carintia me hallaba yo en la posada del Valle del Infierno cuando me encontré con el joven que torturamos en el convento de los Serafines y que había conocido por primera vez en esa misma posada. Por su inquieta actitud comprendí que esperaba á alguien. La persona esperada se presentó, era la joven institutriz que servía en casa de la señora Bleichreider. Venía acompañada por otra mujer que ocultaba el semblante tras un espeso velo. Penetraron en una pieza contigua y exponiendo mi vida pude mirar por una ventana que daba sobre un precipicio y reconocer á la persona del velo: era la nueva duquesa de Bramberg, la princesa Regina de Carintia.

« Cuanto había sospechado, ó mejor dicho, descubierto, cuanto os dije, padre, respecto de cierta Reina del Aquelarre, fué confirmado por lo que veía y oía. La Reina del Aquelarre, el Gran Coesre hembra del pueblo gitano, tenía cita con el aprendiz de Bautista, llamado también Jacobo Ork. La princesa Regina y Jacobo Ork se entendían á maravilla!

« La plática que sostuvieron se animó de pronto. Juanillo acababa de recibir un encargo de Regina para la princesa Ethel. Ahora bien, el nombre de Ethel debió recordarle algo á Juanillo referente á los relojes-calaveras que vió Su Majestad en el Palacio Real la misma noche en que se nos escapó Bautista de entre las manos... porque inmediatamente trabaron una dis-

cusión muy animada. Hasta donde alcancé á comprender — y os aseguro que hice todo lo posible por comprender una discusión que me parecía de suma gravedad — la princesa pretendía que en la última visita hecha por Bautista á sus relojes-calaveras, sólo se había llevado éste los de Leopoldo Fernando y Carlos de Bramberg... á lo cual replicaba Juanillo que Bautista había vuelto al cuarto y había tomado también el del príncipe Ethel. Al oír eso, saltó Regina, se envolvió de nuevo en el espeso velo y salió del cuarto exclamando: « Virgen santísima, voy á llegar demasiado tarde! »

« Os relato todos los detalles, porque pueden seros de gran utilidad después de mi muerte.

« El joven siguió á la princesa. En aquel momento pasaba por el camino un cortejo de bohemios que se dirigía hacia las rutas de Austrasia. En el centro del cortejo iba una barraca que llevaba este letrero: « Aquí va la campesina de la Selva Negra ». En el séquito reconocí á algunas personas: primero á una señorita Lefébure, institutriz francesa, que vivía en la calle del Agua del Emperador en casa de una ciega llamada Myrrha. A casa de esa ciega iba con mucha frecuencia « la colchonerita » pues Myrrha es hermana de Reginaldo, quien, á su vez, es el amante de « la colchonerita ».

« En ese momento adquirí la certidumbre de que « la colchonerita », la Reina del Aquelarre y la princesa Regina de Carintia eran una sola persona!... pues Reginaldo, de á caballo, presidía el cortejo, acompañado por unos cuantos jinetes que reconocí por haberlos visto el día de las bodas, es decir, la vispera, custodiar la torre Jaula de Hierro de Neustadt con uniformes de guardas de Carlsruhe.

« Reginaldo le presentó un caballo á la princesa, quien continuaba oculta tras el velo; montó ella y con acento inflamado y en lengua gitana que no comprendo, dirigióles una proclama á los bohemios; luego besó en la boca á Reginaldo y se alejó rápidamente acompañada por Juanillo y por una especie de enano extraordinario que parecía tener cinco patas y cinco brazos.

« Las dos institutrices francesas mortráronse muy afligidas al verlos partir y luego subieron á la barraca de la campesina de la Selva Negra en donde se encontraba también la ciega Myrrha, hermana de Reginaldo!

« Perplejo, no sabía á cuáles seguir; mas recordando que la princesa temía no llegar á tiempo, quizás para perpetrar algún otro crimen, resolví marcharme tras de ella y logré seguirle los pasos hasta Viena. Allí les ví penetrar en una casa de la calle del Agua del Emperador donde hay una oficina que se encarga de colocar institutrices en casas de buena familia y cuya directriz tenía relaciones con la policía del Señor de Riva. Pero entonces pensé que más relaciones debía tener con la Reina del Aquelarre, y que allí, como en todas partes, esta última había burlado á todo el mundo... Además estoy convencido de que debe existir una comunicación secreta entre esa oficina y la casa contigua donde venden « lanas y colchones ». Si se confirma ese detalle, podremos explicarnos muchas cosas.

« No temí que se me escaparan pues la casa no tenía puerta trasera. Una hora después salió Juanillo y oí la voz de la duquesa de Bramberg que le decía: « Sobre todo, vuelve pronto. » Sentí deseos de seguirlo, pero no era posible perder las huellas de la Reina del Aquelarre. Por la noche regresó Juanillo acompañado por un sujeto que se ocultaba el semblante con un faldón

de la capa. El sujeto golpeó á la puerta y de adentro preguntaron : « ¿Quién toca? » « *El caballero sin nombre!* » Juanillo y su acompañante entraron á la oficina.

« Poco tiempo hube de aguardar en esta ocasión, pues media hora después salieron los tres y se dirigieron por calles excusadas hacia el Danubio. Una vez allí embarcáronse en una ligera piragua que condujo el Caballero Sin Nombre mientras que Juanillo empuñaba los remos. La barquichuela subió el río en dirección al Prater. Llegados que hubieron, desembarcaron junto á un bosquecillo que les prestaba su sombra encubridora y tomando la Haute-Allée, llegaron á la parte trasera del establecimiento Paumgartner. La duquesa golpeó de cierta manera é inmediatamente le abrieron. Después golpeé yo á mi manera y también me abrieron. Las ventanas del Restaurante estaban iluminadas y pregunté si había fiesta. Me contestaron que el príncipe *Ethel* y los cadetes de Austrasia festejaban la partida del primero para el ejército en campaña.

« Comprendí inmediatamente qué era lo que se trataba. No había que perder un solo minuto y dijele á Paumgartner que me condujese á un lugar desde donde pudiese oír la conversación de las tres personas que acababan de entrar á la bodega. Así lo hizo y una vez allí reconocí en el Caballero Sin Nombre á Ismaíl, el camarero de confianza del emperador.

« ¿Qué monstruosidad se proponían esas tres personas?

« Llamé á Paumgartner que ya se iba á marchar y le dije : « Por orden del emperador hacedle saber al príncipe *Ethel* que por ningún motivo salga de la sala de fiestas y que cuando regrese á Palacio se haga acom-

pañar por todos los cadetes, pues esta noche corre peligro su vida. »

« Paumgartner, que de nada se asombra, pues mucho y muy extraordinario es lo que ha visto en el curso de su vida, hizome señas que entendía perfectamente y que podía contar con él.

« Cuando se alejó, quedéme más tranquilo y volví á observar á mis gentes.

« Oí que la duquesa de Bramberg decía á Juanillo que apagase el gas y luego á Ismaíl : « *Caballero Sin Nombre, esta noche no tendremos tiempo de aguardar á que den las « dos y cuarto. »* En alguna ocasión habíamos de anticiparnos. Luego agregó : « Estad listo para todo, que yo lo estoy. Hasta de aquí á un rato, Caballero Sin Nombre!... »

« Marchóse la princesa, seguida por Juanillo y el enano, que empuñaba tres cuchillos con las tres manos.

« ¿ Á dónde se encaminaban? Preciso era detener á esas gentes, su propósito criminal no dejaba lugar á duda. La precaución que tomé de hacer advertir al príncipe *Ethel* no era suficiente. Me acerqué á la puerta para salir, pero mi horror fué inmenso cuando advertí que Paumgartner me había encerrado con llave. Me hallaba en completa oscuridad y apenas podía moverme. Sólo podía ver y oír. Terriblemente ansioso por cuanto pudiera ocurrir, volví á mi puesto de observación y vi á Ismaíl que permanecía á solas y que sacaba de debajo de la capa una larga espada y desataba de su cintura una cuerda, colocándolo todo sobre el billar, para después cruzarse de brazos y esperar tranquilamente.

« Comprendí cuán sencillo era el plan que habían fraguado : la duquesa de Bramberg podía hacer llamar al príncipe *Ethel*, sin que éste desconfiara, y una vez en la bodega, podrían perpetrar el crimen. Esperé que

Paumgartner hubiera logrado advertir al príncipe; pero escuché pasos en el corredor...

Franz Holtzchener guardó silencio y cerró los ojos como si fuera á exhalar el último suspiro; pero el padre Rossi le hizo respirar unas sales maravillosas que le volvieron en sí. Prosiguió el moribundo:

« — Os lo cuento todo! — porque voy á morir y una vez muerto yo es preciso que estéis al corriente de cuanto ha sucedido. El drama fué terrible y breve. Abrióse la puerta y la duquesa de Bramberg dijo en voz alta: « — Por aquí, Ethel... »

« Apareció el príncipe, mas no bien hubo traspasado el umbral de la puerta cuando la duquesa le asestó por detrás una puñalada tan violenta que el desdichado príncipe cayó por tierra con los brazos en cruz. La duquesa saltó sobre él, hundiéndole de nuevo el puñal, el cuchillo de Valaquia como decía ella y diciéndole con acento de odio indescriptible: « Ahí tienes, esta en nombre de Reinaldo, esta en mi propio nombre, esta otra en nombre de Jacobo Ork y esta última, la mejor de todas, en nombre de Reginaldo! »

« Fué tan rápida la escena que Ismail no tuvo tiempo de intervenir. Solo se veía el enorme cuchillo hundirse hasta la empuñadura en el uniforme del príncipe y luego salir chorreando sangre. Es el espectáculo más terrible que he presenciado en mi vida. Sobre todo las últimas palabras de la princesa me llenaron de espanto: « Bien ves, caballero Sin Nombre, que puedes envainar tu espada... pues yo sola hago el trabajo. Una gitana de verdad no se asusta con la sangre y sabe dar muerte como se debe hacer! Hiciste mal en desconfiar de mí. Ahora vámonos al Danubio. Dame tu capa para envolver con ella el cadáver!... »

« — ¿ Por qué al Danubio? preguntó el caballero Sin

Nombre. Ya que está terminado el trabajo, bien podemos dejar aquí el cadáver!

« — De ninguna manera! replicó la voz de la duquesa de Bramberg. Al Danubio, que si lo dejamos aquí, harán desaparecer el cadáver y ocultarán su muerte. En momentos tan críticos es preciso que el imperio todo sepa que asesinaron al príncipe heredero en momentos en que salía á ponerse á la cabeza de las tropas.

« — ¿ Y cómo le sacaremos de aquí?

« — Envuelto en tu capa... Daremos el *santo y seña del emperador* á Paumgartner ó á su agente y nos dejarán salir... Vamos, ayúdame y acompáñame hasta la barca donde deben estar ya los dos hijos de Omar!... Allí podrás abandonarme, pero te aconsejo que no vuelvas á palacio porque los jesuitas lo han adivinado todo! La cita general es en la Puerta de Hierro! »

Callaron; cuanto había visto y oído, la atrocidad del crimen, mi impotencia para impedirlo, el tranquilo cinismo de esa princesa asesina, todo eso me había anonadado, é incapaz de sostenerme en pie, caí contra la puerta de mi estrecho calabozo y sentí que la puerta cedía y se abría poco á poco... Iba á lanzar un grito de alegría al verme libre de semejantes bandidos cuando vi delante de mí á Juanillo y al enano de las cinco patas y los tres cuchillos. En pocos segundos me redujeron á la impotencia más completa y después de vendarme los ojos y amordazarme, cargaron conmigo. Condujéronme por caminos que no conocía y luego, después de haberme transportado en extraños vehículos, me hicieron bajar el Danubio durante dos días y sólo oía hablar en derredor de mí una lengua desconocida que probablemente era la lengua gitana. Cuando me quitaron la venda creí que me hallaba en los propios infiernos...

Estaba en el centro del ejército gitano. Les hicieron creer que yo era responsable de la muerte de su Gran Cœsre Reinaldo y aquellos bandoleros empezaron á torturarme... Juanillo especialmente se vengo á sus anchas de los azotes que le dimos en el convento de los Serafines.

« A veces veía pasar rápidamente por el campamento á una amazona maravillosamente rubia que todos aclamaban con entusiasmo y que era nada menos que la duquesa de Bramberg, la Reina del Aquelarre!... Es ella quien organiza todo, está en todas partes, es el alma no solamente de las tropas gitanas sino también de todas las tropas que se preparan á asaltar las fortalezas de la vieja Austrasia!... Era mi más ardiente deseo poder comunicar estos detalles á mis jefes, á Sus Majestades y contribuir quizás á salvar el imperio, si aun es tiempo. Dios ha querido concederme esa dicha y bendigo su misericordia infinita... pues permitió que pudiera escaparme arrastrándome y hacerme conducir hasta aquí... Adiós, vosotros todos. Ofrendo mi vida á Sus Majestades!

Y Franz Holtzener exhaló el último suspiro.

El padre Rossi quiso levantar el manto que cubría al moribundo, pero lo dejó caer enseguida, horrorizado por las horribles llagas que cubrían el cuerpo del infeliz jesuíta... Sin duda habían trabajado bien los gitanos de la Puerta de Hierro y Juanillo se había vengado á sus anchas.

El padre Rossi se arrodilló y los demás se inclinaron para murmurar una oración por el alma de aquel hombre que había puesto su astucia al servicio de su patria hasta el último momento de su vida.

Abatida por el peso de tantas desdichas, Giselda murmuró :

— El imperio está perdido! El imperio está muerto! Mas en aquel momento resonó una voz clara, juvenil, vibrante de ira, de coraje, de dolor y de esperanza.

Todos volvieron la cabeza y pudieron ver tras del sillón de la emperatriz, la figura marmórea de la princesa Tania.

— ¿Desde cuándo estaba allí?... Fué ese mármol quien habló, á no dudarlo, pues aquella estatua de la desgracia y de la venganza se animó... avanzó hasta el centro del salón, púsose de rodillas ante la emperatriz, besó los pies de la que acababa de decir que el imperio estaba perdido, y luego se levantó exclamando :

— Todavía no!

II

EL CAMPAMENTO DE LOS GITANOS

En la Puerta de Hierro, en los confines de la Hungría, la Serbia, y la Valaquia, á orillas del Danubio, se va á decidir la suerte del imperio austrasiano. Todos los pueblos enemigos de la soberanía de los Wolfburg se han dado cita en ese lugar, han depuesto los antiguos odios, han olvidado las viejas rencillas y unidos en confraternidad inquebrantable prepáranse á dar el asalto supremo para conquistar su libertad, desaparecida desde hace tanto tiempo. Todos los descontentos del imperio están allí con sus respectivos uniformes, chillones y pintorescos.

Con presteza suma van y vienen por el campamento un grupo de verdaderos demonios...

¿ Quiénes son ?...

Son los gitanos de Santa Sara, los ayudantes de campo de la Reina del Aquelarre, hija del Gran Coësre asesinado, la que ha resucitado la empresa de la gran federación del Bajo Danubio, heredera de Reinaldo y que ha de conducir los pueblos á la victoria blandiendo contra Austrasia el arco del muerto.

Los confederados tienen fe en la victoria, pero el combate ha de ser rudo porque las tropas enemigas que se hallan enfrente están compuestas con los robustos campesinos del Archiducado, los gloriosos hijos de los Alpes gloriosos, los montañeses fieles á la corona, disciplinados y valerosos.

Mas, ¿ qué pueden las mejores tropas del universo si no tienen jefe ?... Han esperado al emperador, pero ha sido en vano... Han esperado al príncipe heredero, y también ha sido en vano... ¿ Quién habrá de venir ? ¿ Y tendrá tiempo de llegar ?

Ya empiezan los movimientos estratégicos y entretanto los estados mayores austrasianos están perplejos, pues no ignoran que las tropas confederadas obedecen ciegamente á un solo jefe que es el alma de la rebelión y puede darles la victoria.

Y ese jefe, querido por sus tropas, es más temible que un general veterano, es una mujer !... es una joven, hermosa y misteriosa guerrera á cuya voz de mando se han levantado los pueblos para rechazar al Austrasiano, como en otros tiempos corrió el pueblo de Francia tras de la Doncella de Orléans.

Y no se han equivocado los austrasianos : en el campamento gitano está Regina, ó mejor dicho Stella, porque Regina de Carintia dejó de existir para la Historia. Solo queda Stella, consagrada la Estrella Gitana en la cripta de las tres Marías del Mar, Stella, el nombre grato á los oídos de Reginaldo.

Con orgías y regocijos festejaban los gitanos su próxima victoria hasta que apareció sobre la roca que domina el campamento el perfil de Stella, en traje de Gran Coësre y el de Reginaldo, con uniforme de *ban* de Croacia. Stella hizo una señal que ordenaba calma y reposo supremo antes de la batalla y el campamento,

momentos antes alborotado y bullicioso, quedó su mido en completo silencio.

Sólo se veía, erguida en medio á la llanura, la roca de la Puerta de Hierro... Allí se estaba elaborando la victoria.

En derredor de aquella mesa de piedra, donde se inscribieron en otros tiempos los derechos y privilegios concedidos á los gitanos por el rey Segismundo, tomaban los jefes las últimas disposiciones para el violento asalto del día siguiente.

La Reina del Aquelarre partió á recorrer la línea de batalla, renovando las órdenes, interpelando á los centinelas, haciendo acto de presencia en medio de todas las tropas. Parecía que poseyera el don de la ubicuidad, los que vigilaban, veíanla por todas partes á la vez; se multiplicaba.

Y en el preciso momento en que la creían visitando las vanguardias, partía á todo galope, caballera en Darío, por detrás del ejército, bajaba rápidamente el Danubio y llegaba al centro de la Valaquia cuyas provincias fronterizas habían suministrado un valioso contingente al ejército rebelde, esperanzadas con el botín.

No se detuvo Stella hasta llegar á Ismova donde la recibieron los centinelas con gritos de júbilo.

Había allí cerca de dos mil hombres, contingente formado con los últimos italianos, bosnios y esclavos que habían llegado.

Dirigiéronse á ese lugar en los últimos momentos y con gran cautela, de tal suerte que se ignoraba que hubiera en Ismova ese pequeño ejército.

El plan de Stella era sencillo y empleado ya por los más grandes capitanes. Esa tropa debía atravesar el Danubio en un momento dado, penetrar en territorio serbio, volver á pasar el río mucho más arriba, cor-

tando el ejército austrasiano y luego caerle encima á las dos y cuarto en punto haciendo el mayor ruido posible con trompetas y tambores y gritando de tan estrepitosa manera que el enemigo pudiese creer que le caían por detrás la mayor parte de las fuerzas que imaginaba tener delante.

Stella, después de haber repetido sus órdenes y haberse asegurado de que las comprendían perfectamente, asistió al comienzo de la ejecución de sus planes que, combinados con el movimiento envolvente de su ala derecha debía darle fatalmente la victoria y arrojar tal desconcierto en las filas imperiales, que ya las veía diezmadas, destruídas, ahogadas en el Danubio.

Cuando vió que parte de esas tropas excepcionales había pasado el río, abrazó al jefe de ellas, un bandidero de la región, conocedor del país como nadie. Era respetado por sus soldados, á quienes se les imponía por su tamaño, su brutalidad, su belleza y su porquería: tenía aquel perfil tan común en los campesinos dacios, larga cabellera negra, orgulloso mirar, nariz aquilina, todos los rasgos en fin que parecen demostrar el origen romano de que tanto se enorgullecen los valacos: llamábase Teodoro Vladimiresco.

— Teodoro, hijo de Vladimir, díjole la Reina del Aquelarre después de haberlo besado en los labios según la costumbre eslava, tú serás quien ha de dar la victoria mañana, siempre y cuando que no olvides ni el lugar, ni la hora, ni las trompetas, ni los tambores. Cuando tu reloj marque las dos y cuarto y dé doce campanadas, aparece en la torre de Severino y arrójate sobre ellos con tu legión de demonios. Saldré á encontrarte por entre las filas enemigas.

Dejólo allí y después de reunirse con su escolta, vol-

vió al campamento cuando brillaron los primeros rayos de la aurora. El campamento todo se despertó y todos miraron hacia la roca de la Puerta de Hierro cuya cima, iluminada por los primeros rayos del sol, presentaba un aspecto bastante extraño.

En lo alto de la roca habían colocado dos estatuas durante la noche...

Ó por lo menos hubiera podido creerse que eran dos estatuas, dos hombres de piedra sentados en sendas sillas de piedra, pues el grupo parecía inherente á la roca, que formaba un zócalo prodigioso desde donde se contemplaba la llanura, el río, y las colinas circunvecinas. Á medida que el sol luminaba la tierra, iban apareciendo claramente las figuras de esos dos seres inmóviles. Eran dos ancianos de blanca barba á quienes habían colocado allí para que pudieran presenciar la batalla. Uno de ellos era el anciano de las tribus, el viejo Omar, y el otro era el relojero de los bohemios: *Bautista*. Preciso es confesar que difícilmente se habría podido hallar un sitio más á propósito para presenciar con la serenidad que conviene á los antepasados, la mantanza y destrucción de los austrasianos...

Vieron cómo se despertaba á sus plantas la llanura. Conocían aquellos campos, aquel valle inmenso, aquellas colinas lejanas .. y el río que corre rugiente por entre aquellas riberas tan á menudo enrojecidas por la sangre de las razas... Entre los dos ejércitos se ven los últimos vestigios del famoso puente que hizo construir Trajano para pasar á Dacia, obra gigantesca de los amos del mundo, cuyas últimas piedras sirven de escondite á los contrabandistas.

— Recuerda tu juventud, anciano Omar!...

He allí la llanura desierta, devastada por la última guerra... Oh! recuerdos de Bautista, recuerdos de la

época en que el archiduque Jacobo combatía en los campamentos austrasianos .. Aquella llanura, desde que se libraron allí combates de gigantes, permanece inculta, como si los pueblos parias que moran en su derredor hubieran pensado que pronto habría de servir otra vez de campo de batalla... los bosques que la cubrían fueron derribados y quemados; no han cultivado ni una pulgada de tierra; no hay una sola aldea... Solo de trecho en trecho se ven algunas cabañas miserables... y sin embargo es por la posesión de esas cabañas, donde se agitan seres tan degradados que no parecen pertenecer á la humanidad, que miles de guerreros se hallan prontos á morir... Por último, allá á lo lejos y en todo lo alto, tras del sombrío hormigueo del ejército austrasiano, se ven las ruinas de la torre de Severino...

toda la mañana Stella y Reginaldo soportaron todo el peso de ese falso ataque que resistieron las tropas del archiducado con una serenidad que no les suponía Stella.

Era tanto más desigual la lucha de sostenía Stella en aquel momento que había dado orden al centro de guardar sus posiciones hasta que el movimiento envolvente del ala derecha hubiera sido ejecutado completamente.

Disputáronse rudamente un bosquecillo junto al río, que primero conquistaron, luego abandonaron para recobrarlo de nuevo y quedar por último en manos de Stella, pero á costa de cuánta sangre! La mitad de sus bandoleros gitanos quedaron tendidos por tierra y mucho habrían disminuído sus fuerzas si las mujeres no hubieran acudido á recoger las armas de los muertos para reemplazarlos en la pelea...

El encuentro fué espantoso y semejante encarnizamiento anunciaba que la matanza sería terrible al medio día. Durante ese encuentro Reginaldo no se ocupaba sino en proteger á Stella cuya heroica locura no conocía límites. Siempre se hallaba en lo más sangriento de la pelea, pero siempre salía ilesa como si su arco fuera una varita mágica que la protegiera contra las heridas. Esa especie corrió del campo gitano al campo magiar. La Reina del Aquelarre, protegida por Santa Sara y por el arco de Reinaldo, era invulnerable.

En cambio Reginaldo no lo era y recibía con entusiasmo conmovedor los golpes destinados á Stella. Mas no hacía caso de tales heridas y después de haberse untado algunas hierbas de Giska, declaró que se sentía perfectamente.

En esa forma estuvieron hasta las doce del día. El ejército confederado continuaba lleno de esperanzas,

III

MATANZA

Vivas y sonidos de clarines! gritos de triunfo y de esperanza, cánticos de libertad, toda aquella música embriagadora saluda á la amazona que pasa gallardamente por frente á las tropas y que empuña nerviosamente, no la espada ó el sable, sino *un arco de violín*, el arco de Reinaldo!

— Reinaldo!... Reinaldo!...

Al nombre de Reinaldo corren al combate y el arco de Reinaldo lleva el compás de aquella terrible orquesta de cañones!

Al principio atacó toda el ala izquierda del ejército gitano, mandada por Stella y Reginaldo. ¡Cuán bellos aparecían los dos caballeros en sus corceles de batalla! Los demonios que seguían tras ellos no los abandonaban ni un segundo y trabóse inmediatamente un rudo combate con el ala derecha del ejército austrasiano, pues se trataba de que el enemigo se empeñara á fondo en la pelea para engañarlo mientras el ala derecha ejecutaba un movimiento envolvente por los declives del terreno que conducía á la torre de Severino... Durante

pues había alcanzado algunos éxitos parciales. Sin duda alguna nada serio se había tratado aún, pero los combates de la mañana daban esperanzas sobre el desenlace de ese día glorioso, cuando se diera el golpe supremo.

Ese « golpe supremo » lo esperaban todos con impaciencia, especialmente las tropas del centro que no debían ponerse en marcha antes de la una del día.

Pero Stella estaba inquieta.

Mucho le daba en qué pensar la actitud del ejército austrasiano. La joven pensó que empeñarían batalla campal la mayor parte de las fuerzas austrasianas, pero no fué así.

¿Qué significaba esa inmovilidad casi completa del ejército austrasiano?... ¿Qué esperaba el enemigo?... Hubiérase dicho que para trabar la batalla también esperaba la hora que Stella había fijado secretamente á los jefes.

Extraordinario acontecimiento! El centro austrasiano se puso en marcha cerrada en los precisos momentos en que los ejércitos confederados debían marchar sobre el enemigo... á la una en punto! Entretanto las tropas confederadas lanzaban gritos estrepitosos, como soldados que van á la victoria ó á la muerte, y no ejecutaban las precisas instrucciones que les diera Stella la víspera. Esta última vió que sus tropas del centro, en lugar de correr hacia el enemigo, tomaban hacia la derecha como para continuar el movimiento envolvente del ala magiar...

Pálida como la muerte que ronda por los campos de batalla, Stella presenciaba ese movimiento incomprendible que desorganizaba el centro y le dejaba campo al enemigo para que cortara al ejército en dos.

Y sin embargo era imposible que no hubiesen com-

prendido sus órdenes... ella misma en persona las había comunicado y repetido en la noche anterior. ¿Á dónde se dirigían?... Si no detenían ese movimiento insensato el ejército confederado se iba á convertir en dos cuerpos impotentes, separados por los numerosos regimientos austrasianos que avanzaban con el arma al brazo, sin encontrar resistencia...

— Reginaldo! gritó ella.

Inmediatamente se acercó el joven.

— Atraviesa el campo de batalla y detén á esas gentes antes de que se hagan matar... Exígeles que ejecuten mis órdenes, las que les comuniqué anoche, que son las únicas que valen, las que habían de darnos la victoria. Marchóse Reginaldo y Stella pasó un rato atroz, mordiéndose los puños, asistiendo impotente al desbarajuste de todos sus planes.

Por fin volvió Reginaldo, cubierto de sangre y de polvo; había reventado dos caballos; las tropas del centro no habían querido escucharlo; los jefes declararonle que ejecutaban las órdenes dictadas por Stella la noche anterior y que ella les había prohibido que atendieran otras aunque las comunicara el *ban* en persona, el *ban era* Reginaldo! Stella creyó que se había vuelto loco.

— ¿Tal cosa te dijeron?

— Lo mismo que tú les dijiste, replicó Reginaldo.

— Traición!... Traición.

Mas enseguida dominó Stella su delirio.

Con una sola mirada abarcó el campo de batalla.

— Escucha, Reginaldo, hemos de vencer solos, ó moriremos juntos; quizás es tiempo aún y nada está perdido... Si pudiéramos detener la marcha del centro austrasiano durante veinte minutos con nuestras tropas bohemias, respondería de la victoria... Ensayémoslo, adelante!...

Y le enterró los espolines de oro á Darío; con el arco ordenó que la siguiesen...

El ejército gitano se lanzó en pos de ella, con sus carretas y barracas ambulantes. Cuando en medio de las batallas rodaban los despojos del mundo galo-romano, con sus carros primitivos, armados de hoces los bárbaros venidos de las selvas germanas ó de las estepas escitas no tenían un aspecto tan valvaje como Rutchuck el Valaco, Atila el Dacio ó Hadjaz del gran Desierto del mar Rojo, acuchillados en sus *caroutche*, carro más primitivo quizás que los empleados por los Hunos.

Parece que quisieran vencer por medio del terror, no se combate contra el infierno y la Reina del Infierno habrá de vencer.

Durante un momento los viejos austrasianos del archiducado titubearon ante el empuje de los demonios gitanos y algunos abandonaron las armas para santiguarse y encomendar su alma á Dios.

Diez minutos más de resistencia y si Teodoro, hijo de Vladimiro cumple fielmente la alianza jurada, y se presenta tras de la torre de Severino, adiós del Imperio!...

Empinada sobre sus estribos de oro, Stella ya no combate; contempla! En su derredor sucumben los mejores. Ante ella Reginaldo realiza hazañas que cantarán los rapsodas de la puerta durante siglos... A su lado un héroe alto, interminable, elástico, combate con uñas y dientes entonando á pleno pulmón el cántico de los Faraones que todos los bohemios repiten en coro. Es Juanillo el gitano, el tímido Juanillo que combate por su raza! Y de las filas enemigas caen caballos y caballeros porque bajo el pecho de los caballos acaba de pasar un enano que les hunde en las entrañas tres cu-

chillos que empuña con sus tres manecitas!... Adelante, Adelante! Si Teodoro Vladimiresco llega, se obtiene la victoria! Que llegue, pues ya son las dos y cuarto!...

¡Cómo mira la Reina del Aquelarre, empinada en sus estribos de oro!... Por fin!... Helo allí!... Victoria!... Ven hacia nosotros, Teodoro!... Helo allí con su legión de bandidos, con sus Dálmatas é Italianos en la cumbre de la torre Severino!... Ya se escucha su galopar de centauros que hace estremecer la tierra!... Cantan, gritan, hacen estrépito como si fueran cien mil!... Caen sobre la retaguardia del ejército austrasiano!... « Adelante!... Adelante!... Santa Sara!... Santa Sara!... » exclama la Reina del Aquelarre y muéstrales á sus tropas con el arco de Reinaldo la victoria que llega seguramente en ancas del caballo de ese fosco guerrero que marcha como un huracán al frente de sus tropas y que no puede ser sino Teodoro, hijo de Vladimiro!... Mas, ¿qué sucede?... Las filas austrasianas se apartan para dejar pasar esa tropa de demonios que fatalmente vendrán á estrellarse contra el ejército gitano.

En el campamento de Stella gritan: La Reina del Aquelarre!... Traición!...

Stella no comprende, pero ya se acercan los jinetes; la tierra tiembla!

¿Quién viene al frente de esa caballería, quién viste el traje de la Reina del Aquelarre y luce el bonete de astracán del Gran Coësre?... No puede ser Teodoro Vladimiresco... es la propia Reina del Aquelarre!... Nadie comprende... el desconcierto llega á su colmo! La amazona llega... Stella, que la ve, exclama:

— Tania!...

Grito de agonía, de desesperación, de terror, de rabia.

Reginaldo se coloca entre las dos gemelas de Carintia y evita el choque formidable y fratricida, pero cae atra-vesado por la espada de Tania... entre los brazos de su esposa á la moda de la Puerta de Hierro...

Stella estrecha á Reginaldo entre sus brazos y deja caer sus lágrimas sobre la frente del bien amado...

Tania, una vez ejecutada la hazaña, encendidos los ojos por la victoria, dice contemplando la fúnebre pareja.

— ¿Qué hiciste de mi Ethel?... Las dos quedamos viudas.

Mas Regina sólo escucha el estertor agónico de su amante. Es la primera vez que llora desde la noche terrible en que su padre Reinaldo vino á expirar sobre su boca.

Tania, victoriosa, ha dejado marchar su tropa y permanece allí en medio de los gitanos que tratan de salvar á su Reina.

Teodoro Vladimiresco llega con sus tropas, aunque demasiado tarde, y destruye la escolta de Tania y la hace prisionera.

La demora del hijo de Vladimiro se debe á una orden comunicada por la que él creía ser la Reina del Aquelarre y que no era otra que la propia Tania.

Los jefes creían que sólo había una Reina del Aquelarre y en realidad había dos. Tania había triunfado pero estaba prisionera.

Conducidos por Teodoro encamináronse hacia la Puerta de Hierro por orden de Stella.

IV

LA ROCA

Trepan, á orillas del Danubio, por un camino que no frecuentarían las mismas cabras.

Penetraron en uno de los pisos de ese natural y formidable castillo que parece custodiar el Danubio... Es una sala baja humedecida por la espuma de las ondas á donde Stella coloca á Reginaldo y una vez allí ordena que conduzcan á Tania á su presencia...

Luego besó en la boca á Teodoro Vladimiresco y murmuróle algunas palabras al oído. El sujeto partió. Stella llamó á Giska.

Abríose una puerta interior y apareció la campesina de la Selva Negra.

Examinó cuidadosamente á Reginaldo y dijo :

— Si me dejan obrar es probable que lo cure.

— Obra como á bien tengas, replicóle Stella lanzando un prolongado suspiro.

Giska dijo :

— El que le tomó la sangre debía tener mucha sed, porque se la bebió casi toda. ¿Quién lo atravesó de tan salvaje manera ?

— Yo, contestó Tania con bronco acento. Entonces Stella, con voz reposada y melodiosa, preguntóle :

— ¿Por qué mataste á mi amante, hermana mía?

— Porque tú mataste á Ethel.

— ¿Estás segura de ello? interrogó Stella de nuevo con tranquilidad más espantosa que la más terrible ira. ¿Estás segura, Tania, de que yo maté á tu Ethel?

Tomóla de la mano y condújola hasta la puerta por donde entrara Giska.

— Mira, díjole con voz casi sobrenatural. Mira! *allí está!*

— Ethel!

— Tania!... gritó la voz de Ethel!

Tania corrió hacia él y advirtió que se hallaba encadenada contra la roca, pero Stella se avanzó y la libertó de sus cadenas.

— Ethel está vivo y libre, dijo Stella. Ahora puedes marcharte, Ethel, que tus ejércitos vencieron á los míos... Y ya tu vida no corre ningún peligro... pero no olvides que á mí me debes la vida... pues estabas destinado á caer bajo el puñal de los vengadores, y recuérdaselo á *ella*, cuando la acaricies, para que siempre la persiga ese remordimiento... Idos... partid!... Estáis libres!... Para que no caigáis en poder de mis amigos, Teodoro Vladimiresco os conducirá en su barca hasta la ribera de Austrasia .. adiós!

Cuando Tania, enloquecida, comprendió por fin que en el preciso momento en que ella daba muerte á Reginaldo, Regina le salvaba á Ethel, se postró suplicante ante su hermana, ésta la rechazó diciéndole :

— Vete!... Dejame recoger en paz el último aliento de mi amante!

— Ten piedad de mí, Regina, hermana mía que-

rida!... me dijeron que habías asesinado con tu propia mano á Ethel!...

— No has debido creerlo y ese es tu crimen... Paumgartner, que era un traidor, fué el muerto. Le hice vestir el uniforme del príncipe para salvar á éste de una emboscada que se le había tendido y lo maté con mi propia mano para que no lo reconocieran... Y ahora vete, vete con tu Ethel salvado por mí!... Ya no soy tu hermana!... Tú eres la heredera de Austrasia y yo soy Stella la bohemia. Quizás algún día, sabiendo ya que nuestro padre no es Leopoldo Fernando á quien tú querías, sino Reinaldo el gitano, asesinado por él, pensarás que no fui yo quién traicionó su raza el día de la Puerta de Hierro!... Y quizás pensarás porqué guardé yo para mí sola semejante secreto... Ese día, oh tú que fuiste mi hermana, comprenderás que hay secretos tan pesados que no pueden soportarlos las conciencias tímidas y que hay venganzas demasiado formidables que no pueden anidarse en el endeble corazón de una princesita temblorosa!... Todo lo encerré en mi corazón de hierro que aprendió á odiar en una noche terrible!... Tú no sabías sino amar!... Vete y dile á Ethel que no le pido sino una sola cosa : que ordene á sus soldados que no lleguen hasta la Puerta de Hierro, que respeten este santuario de la ley de mi raza y que dejen morir en paz á Stella y á Reginaldo! Adiós!

Ethel, conmovido, juró lo que se le pedía y se llevó á Tania, que estaba anegada en lágrimas!...

La Reina del Aquelarre, tan pálida como su amante, se acostó á su lado; empuñó el cuchillo de Reginaldo, colocóse la punta sobre él corazón y dijo :

— Giska, cuando expire, avísamelo!

LIBRO NOVENO
EL CUARTO DEL DOLOR

I

EL MONJE

En aquella mañana se festejaba la victoria alcanzada el día anterior por las tropas austrasianas en la Puerta de Hierro, todo Viena estaba de fiesta y los fieles y leales súbditos de Su Majestad Francisco demostraban su entusiasmo con miles de aclamaciones que ascendían en tropel hasta la Hofburg. La Austrasia parecía libre por largo tiempo de sus enemigos internos y los burgueses del Graben no sabían cómo manifestar la alegría que experimentaban al pensar en una próxima vida tranquila, generadora de buenos negocios.

No se conocían aún los detalles del triunfo y la muchedumbre esperó á que apareciera el emperador en el balcón de palacio.

Ni el entusiasmo de sus súbditos, ni la noticia de la victoria habían logrado sacarlo del anonadamiento en que se hallaba.

Y sucedió que un monje, vestido con el sayal de los franciscanos, intentó penetrar á la Hofburg.